

EL TÚNEL ADELANTE

ALICE GLASSER

El piso del Topolino estaba cubierto de arena. Tom tenía también arena en los pantalones y entre los dedos de los pies.

«Maldita sea —pensó—, han construido aquí una carretera de seis pistas que va directamente al océano, una plataforma giratoria con capacidad para trescientos coches que facilita el tránsito en la playa, todo eficiente, organizado, mecanizado y amable, y he aquí el resultado: arena. Y dentro del coche, a pesar del aire acondicionado, el olor acre de las salinas quemadas por el sol.»

Los músculos le dolían entumecidos como de costumbre. Acarició inútilmente el volante, deseando tener algo que hacer, lamentando que el coche fuese tan pequeño, y en seguida se sintió avergonzado. Esos sentimientos eran antisociales. Por supuesto, nada tenía que hacer, pues la carretera estaba funcionando en forma automática, como todas. Así era la ley. Y aunque viajaba tan encogido que las rodillas le tocaban casi el mentón, y el techo del coche le apretaba la nuca como la tapa de una caja, y sus cuatro hijos amontonados en el asiento trasero parecían aspirarle el cuello de la camisa... bueno, era inevitable y, además, el Topolino tenía dos metros de largo como indicaba la ley. No había por qué quejarse.

Por otra parte, no había sido un mal día al fin y al cabo. Cinco horas para recorrer sesenta kilómetros hasta la playa y luego, por supuesto, un par de horas esperando en fila en la playa a que les llegara el turno para meterse en el mar. Estaban tardando un poco más en el viaje de vuelta, como siempre. No se podía saber tampoco qué ocurriría en el Túnel. Estarían otra vez en casa a eso de las diez, quizá. No demasiado tarde.

«Un modo tan bueno como cualquier otro para matar el ocio», pensó. A veces sobraba ocio para matar, realmente.

Jeannie, sentada a su lado, miraba por la ventanilla. Se había recogido el pelo en la nuca —un pelo casi tan rubio como el de los niños— y aunque estaba embarazada otra vez no parecía mucho más vieja que hacía diez años. Pero había dejado de tejer y pensaba ahora en el Túnel. Tom siempre se daba cuenta.

—¡Ay!

Algo golpeó la nuca de Tom, que se dobló hacia adelante tropezando con el parabrisas.

—¡Eh!

Se volvió a medias y lanzó un manotazo a la pala que la pequeña Pattie, de cuatro años, blandía en ese momento.

—Nadé —anunció Pattie, con los ojos azules muy abiertos—. Nadé bien y no tropecé a ninguno.

—Con ninguno —corrigió Tom.

Confiscó la pala, pensando cansadamente que «nadar» en esos días significaba «pisar agua». No había espacio para más en la atestada área de baño.

Jeannie se había vuelto también y miraba sonriendo a su hija, pero Tom meneó la cabeza.

—Ha llegado el momento —dijo brevemente.

Sabía que un paseo en coche aumentaba inevitablemente la tensión de los niños; lo sabía bien pues los veía a menudo, con tantos intervalos entre las horas de clases, entre las horas de juegos y aun entre las horas de su propio trabajo. Pero no les faltaría la educación apropiada. Al primer signo de extraversión, cortar por lo sano, ese era su lema. Se les evitaba así muchos daños futuros.

Jeannie se inclinó hacia adelante y apretó un botón del tablero. La gaveta de tranquilizantes salió y se abrió. Jeannie eligió una pastilla rosada, pero cuando se volvió, Pattie estaba ya apaciguada, con las manos en el regazo y los ojos fijos en la pantalla de TV del asiento trasero. Jeannie suspiró y deslizó la píldora en la boca entreabierta de la pequeña Pattie.

Los otros tres no hablaban desde hacía horas, tal como se esperaba. Jeannie les había servido un almuerzo apropiadamente pesado en el coche: proteínas sintéticas y un tazón caliente de la sopa de algas deshidratadas que había puesto en el termo. Además, todos habían tomado una dosis extra de tranquilizantes para el viaje. David, de seis años, que hacía un tiempo se resistía a abandonar su extraversión, estaba mirando la pantalla de TV y respiraba con dificultad. David era el primogénito, y había nacido en la cabina de partos del supermercado el 3 de abril del año 2100, a las ocho y treinta de la mañana. El mismo año en que la población de los Estados Unidos había llegado a los mil millones. Y era el quinto niño entre los que habían nacido aquella mañana en el supermercado. Las mellizas Susan y Pattie estaban sentadas muy derechas y miraban atentamente la pantalla; y el bebé, Betsy, de dos años, se había tumbado en el asiento y no tardaría en dormirse.

El coche avanzaba a quince kilómetros por hora, uno más en la fila de brillantes burbujas que se extendía como una cinta de caramelos a lo largo de la nueva carretera de Pulaski, iluminada por el sol poniente. La distancia entre los coches (que la ruta automática medía estrictamente) nunca cambiaba.

Tom sintió un dolor sordo en los ojos. Unos breves calambres le atenaceaban ahora los músculos. Le echó a Jeannie una mirada de disculpa, pues a ella no le gustaban los programas deportivos, y encendió la pantalla de TV del tablero. La tercera partida del campeonato mundial ya había comenzado. Malenkovsky con las rojas. Malenkovsky movió una pieza y se reclinó en la silla. Las cámaras enfocaron a Saito, con las negras. Iba a ser una buena partida de damas. Más movida que casi todas.

Estaban a menos de un kilómetro del Túnel cuando la fila de coches se detuvo de pronto. Durante un minuto Tom no dijo nada. Quizá había ocurrido un accidente, o quizá alguien había salido de la fila, pasando ilegalmente de *automático* a *manual*. Otro minuto más. Las manos de Jeannie apretaban tensamente la manta amarilla que estaba tejiendo.

Era evidente ahora que la detención se prolongaría. Jeannie miró las filas inmóviles de coches, frunciendo un poco el ceño.

—Me alegra que ocurra ahora. Esto aumenta nuestras probabilidades, ¿no es así?

La pregunta era retórica y Tom sintió la irritación habitual. Jeannie era una joven inteligente, pues si no él no la hubiese querido tanto. Pero no podía entender las leyes de las probabilidades. El Túnel se cerraba diez veces por semana, término medio. Los diez cierres podían sucederse con intervalos de segundos o en plazo de una hora. A veces no había ningún cierre en todo un día. Que hubiese ocurrido en este momento no modificaba nada.

—Alguna vez nos tocará a nosotros, Tom —dijo Jeannie pensativamente.

Tom se encogió de hombros sin responder. Podía ocurrir cualquier cosa en el futuro, pero ahora estaban a salvo, por lo menos durante media hora.

David estaba retorciéndose un poco, con cara de disculpa.

—¿Puedo salir, papá, si el Túnel está cerrado? Me duele.

Tom se mordió los labios. Entendía bien a los chicos, recordando los años en que su propio cuerpo crecía y crecía, y él no quería hacer otra cosa que correr, correr rápidamente, a cualquier parte. Los chicos, extravertidos, todos ellos. Quizá uno podía ir adelante de ese modo en el siglo veinte, cuando no había multitudes y sobraba el espacio, pero no ahora. David tendría que aprender a estarse quieto, como todos los demás.

David había comenzado a flexionar los músculos rítmicamente. Ejercicio pasivo, lo llamaban. Un nuevo pseudo deporte que no necesitaba espacio y era enseñado científicamente en los minutos de recreo. Tom observó con envidia a su hijo. Era magnífico disponer de tanta energía física, no teniendo que hacer cola para obtener una nueva ración de gimnasia.

—Papá, en serio, tengo que salir.

David se retorció otra vez en el asiento. Bueno, parecía que el chico decía la verdad. Tom miró por el parabrisas. Los miles de coches que estaban a la vista no se movían aún. Abrió la portezuela. David se deslizó rápidamente fuera del coche. Tom observó como el chico comenzaba a estirar los brazos por encima de la cabeza, liberado de la presión del techo y como en seguida se comportaba en forma decente adoptando el paso introvertido. Por suerte, había un retrete a pocos metros y la cola de gente era corta allí.

«Está creciendo», pensó Tom, sintiéndose descorazonado de pronto. Había estado rogando que el chico heredara la estatura baja de Jeannie, no su propio metro ochenta. Cuanto más espacio ocupaba uno, más difíciles eran las cosas que, por otra parte, empeoraban día a día. Tom había notado últimamente que la gente le ponía mala cara en la calle.

En el brillante Topolino azul que estaba detrás había una familia italiana, también con muchos chicos. Dos de ellos, al ver a David delante del retrete, salieron corriendo y se pusieron a la cola. El padre sonreía y, de pronto, se volvió hacia Tom, que apartó los ojos. Recordó haber visto como se pasaban en el coche una botella de agua muy cara, y toda la familia había empujado alegremente el codo como si el agua creciese en los árboles. Extravertidos, todos ellos. Era casi criminal que se les permitiera a esas gentes ir de este modo de aquí para allá, aumentando la incomodidad de todo el mundo. Ahora el padre había dejado también el coche. Tenía el pelo negro, rizado, y era rechoncho. Cuando vio que Tom lo miraba, sonrió ampliamente, señaló el Túnel y alzó los hombros como queriendo expresar una divertida resignación.

Tom tamborileó con los dedos en el volante. Los extraversos eran afortunados. Nunca parecían preocupados a propósito del Túnel. Tenían que sacar a los chicos fuera de la ciudad, de cuando en cuando, como todo el mundo. Para salir y para entrar había que pasar necesariamente por el Túnel, de modo que se encogían de hombros y pasaban. Además, ahora había tantas normas y reglas que era difícil discutir las. Nadie podía oponerse al Consejo de la Ciudad. Los extraversos nunca temían el viaje como Jeannie, ni lo... Los dedos de Tom se cerraron rígidamente sobre el volante y trató de alejar el pensamiento que se le había ocurrido. Había estado a punto de decir que ni lo necesitaban como a él.

David salió del retrete y se deslizó otra vez en su asiento. Los coches habían empezado a moverse y poco después ya se arrastraban como antes.

A la izquierda de la carretera se extendía ahora la construcción que llamaban, en broma, la «montaña de las latas de cerveza». Hasta ahora no había nada allí excepto las pilas montañosas de ladrillos brillantes, los ladrillos de metal que en un tiempo habían sido recipientes de hojalata y que pronto se ordenarían en otra de las tan necesitadas casas de vivienda. Probablemente con cielos rasos todavía más bajos y paredes aún más delgadas. Tom parpadeó involuntariamente, pensando que en su casa, en una zona de residencias más antiguas, los cielos rasos eran tan bajos que él nunca podía estar de pie sin tener la cabeza inclinada. El espacio destinado a los hombres estaba reduciéndose, y todos los días un poco más.

En la llanura, a la derecha de la carretera, se extendían en hileras de kilómetros y kilómetros de edificios centelleantes, separados por estaciones de gasolina y parques de estacionamientos. Y más allá de esa llanura se alzaban los suburbios de Long Island, de pisos de cemento y atestados de rascacielos de alegres colores.

Aquí, ya más cerca de la ciudad, el aire tronaba con el ruido de las radios de transistores y los aparatos de TV. La intimidad y el silencio habían desaparecido de todas partes, por supuesto, pero éste era un barrio de clases bajas y el estruendo atravesaba aun las ventanillas cerradas del coche. Los inmensos edificios, de bloques de cemento y luces de neón, llegaban casi al borde de la carretera, con rampas entre ellos en todos los niveles. En esas rampas, construidas en un principio para los coches, se amontonaba ahora la gente que volvía de sus turnos de trabajo o de una visita a los mercados, o que entretenía simplemente las interminables horas de ocio. «Parecen todos bastante apáticos», pensó Tom. Nadie podía acusarlos en verdad. La vida material era tan segura que nadie hacía un trabajo que no fuese realmente necesario. Todos lo sabían. Los empleos de esa gente eran probablemente tan monótonos y fútiles como el suyo. Todo lo que él hacía era verificar columnas de números en un libro mayor y luego copiarlas en otro libro mayor. Mataba el tiempo, como los demás. No parecía que a esta gente le importara mucho.

Pero, mientras miraba, hubo de pronto un rápido forcejeo en la multitud, un breve estallido de violencia. El zapato de un hombre había roto el tacón de una mujer. La mujer se volvió y golpeó al hombre con el bolso de las compras, abriéndole una herida en la mejilla. El hombre contestó con un puñetazo al estómago de la mujer, que lanzó a su vez un puntapié. Un hombre que venía detrás se abrió paso entre ellos a codazos, con la cara distorsionada. La pareja se separó, murmurando entre dientes. La irritación se extendió, como ocurría de cuando en cuando, como si nadie esperara otra cosa que la oportunidad de descargar un golpe.

Jeannie había visto también el incidente. Ahogó un grito y apartó los ojos de la ventanilla, mirando a los niños que ahora dormían. Tom le acarició el pelo.

Un vasto rascacielos se alzaba ahora ante ellos: el cubo de paredes de vidrio de Manhattan. Unos rayos luminosos salían del edificio y se perdían en el crepúsculo. Los jardines, cuidadosamente planeados, eran manchas verdes en los noventa y ocho pisos de la unidad. Tom, como siempre, bendijo a la mente previsor que los había puesto allí. Todos sus hijos podían pasar de ese modo una hora semanal en la hierba y jugar junto al árbol. Hasta había un zoológico en cada piso, no como los zoológicos complicados de Washington, Londres y Moscú, por supuesto, pero sí por lo menos con un perro, un gato y una pecera bastante grande. Lujos semejantes permitían que uno olvidara a veces la multitud y el ruido y los cuartos diminutos y la sensación que nunca había bastante aire para respirar.

Estaban ya cerca del Túnel. Jeannie había dejado su tejido y tendía la cara hacia adelante como si estuviese escuchando más que mirando. A pesar de sus propios razonamientos, Tom se sorprendió tocando nerviosamente el tablero. En la pantalla de TV, Malenkovsky movía triunfalmente una dama.

Habían llegado a las puertas del Túnel. Jeannie estaba callada; y miró irracionalmente su reloj pulsera. Tom apretó el botón de los tranquilizantes y la gaveta se abrió, pero Jeannie meneó la cabeza.

—Odio esto, Tom. Me parece una idea absolutamente sucia.

La irritación de Jeannie sorprendió a Tom, sintiéndose casi escandalizado.

—¿No es lo más justo? —replicó—. Lo sabes muy bien.

—No me importa —dijo Jeannie entre dientes—. Tiene que haber otro modo.

—No hay nada más justo —insistió Tom—. Corremos el riesgo como todos los demás.

Sentía ahora los latidos de su propio corazón. Tenía las manos frías. Siempre le pasaba eso cuando entraban al Túnel, y nunca había sabido si era miedo o impaciencia, o las dos cosas. Observó a los niños en el asiento trasero. David miraba la pantalla de TV otra vez y se mordisqueaba una uña. Los otros tres dormían aún, tal como se les había enseñado, con las manos dobladas sobre el vientre. Tres ratones ciegos.

En el Túnel había ecos y frío. Las paredes de azulejos, limpios y pulidos, emitían una luz blanca. Soplaban un viento y parecía que los coches se movían rápidamente. La familia italiana venía aún detrás de ellos, a una velocidad constante. En el techo del Túnel se movían unos grandes ventiladores, más ruidosos que los invisibles aparatos de aire acondicionado y el lento movimiento de los coches.

Jeannie había apoyado la cabeza en el respaldo del asiento como si estuviese dormida. Los coches se detuvieron un instante, poniéndose en seguida en movimiento. Tom se preguntó si Jeannie había sentido aquel mismo escalofrío. Le miró entonces la boca y descubrió una expresión de miedo.

El Túnel, pensó, tenía dos mil quinientos metros de largo. Cada uno de los coches medía dos metros. Había un metro y medio entre cada coche. Setecientos coches en el Túnel por lo tanto, más de tres mil personas. Se tardaba quince minutos en pasar el Túnel. Estaban a medio camino.

Habían cruzado ya las tres cuartas partes. Unas luces automáticas parpadeaban en el techo. El pie de Tom se movió hacia el acelerador antes que recordara que el coche marchaba en *automático*. Era un movimiento casi instintivo. Las manos y los pies querían hacer algo. El cuerpo deseaba controlar la dirección del avance. Siempre se sentía así, en el Túnel.

Ya estaban casi afuera. Tom tuvo la sensación que unas hormiguitas le corrían por el cuero cabelludo. Movi6 los dedos de los pies sintiendo las asperezas de la arena entre ellos. Ahora ya se veía la salida. Quizá dos minutos más. Un minuto.

Se detuvieron otra vez. Un coche, en algún sitio, allá adelante, se había salido de la fila. Una vez fuera del Túnel estaba permitido pasar otra vez a *manual*, pues era necesario elegir la pista correcta entre las otras diez. De otro modo, uno podía encontrarse de pronto en la pista más alta de Manhattan cuando ya no había sitio para doblar.

Tom palmeó el volante. El coche de adelante había vuelto otra vez a la fila. Se pusieron de nuevo en marcha, más rápidamente. Ya estaban fuera del Túnel.

Jeannie recogió su tejido y lo sacudió bruscamente. En seguida, lo dejó caer como si se hubiera pinchado los dedos. Arriba sonó una campana, no muy fuerte pero clara. Justo detrás del parachoques trasero, unas puertas se deslizaron cerrándose silenciosamente.

Jeannie se volvió para mirar el espacio donde había estado hasta entonces la familia italiana, el coche de color azul y donde habían estado otros. No se veía ningún coche ahora. Jeannie se dio vuelta otra vez y miró inexpresivamente por el parabrisas.

Tom estaba calculando. Dos minutos para que funcionaran las duchas del techo. Luego, los setecientos coches del Túnel serían izados y vaciados. Diez minutos para eso, aproximadamente. Se preguntó cuánto tardarían los ventiladores en eliminar los restos del gas cianuro.

«Despoblación sin discriminación» lo habían llamado en la época de las elecciones. Nadie hubiera admitido que votaba por eso, pero casi todos votaron. Uno se decía en voz alta: «es el modo más justo de cumplir con algo necesario». Pero en algún lugar secreto de la mente, uno reconocía que había algo más. Una apuesta, el único elemento impredecible en el largo y temible proceso de la supervivencia. Un juego. Una ruleta rusa. Un juego en que uno entraba para ganar. O quizá para perder. No importaba mucho, pues el Túnel excitaba en verdad. No quedaba otra excitación en el mundo.

Tom se sintió de pronto notablemente despierto. Puso el coche en *manual* y enfiló la nariz redonda del Topolino hacia la cuarta carretera.

Se puso a silbar entre dientes.

—La próxima semana otra vez a la playa, ¿eh, querida?

Jeannie lo miraba a la cara. Tom dijo defensivamente:

—Es bueno para todos salir alguna vez de la ciudad, respirar de cuando en cuando un poco de aire fresco.

Tocó a Jeannie con el codo y le tironeó el pelo, afectuosamente.

FIN

Título Original: *The Tunnel Ahead* © 1961.
Digitalización, Revisión y Edición Electrónica de Arácnido.
Revisión 4.